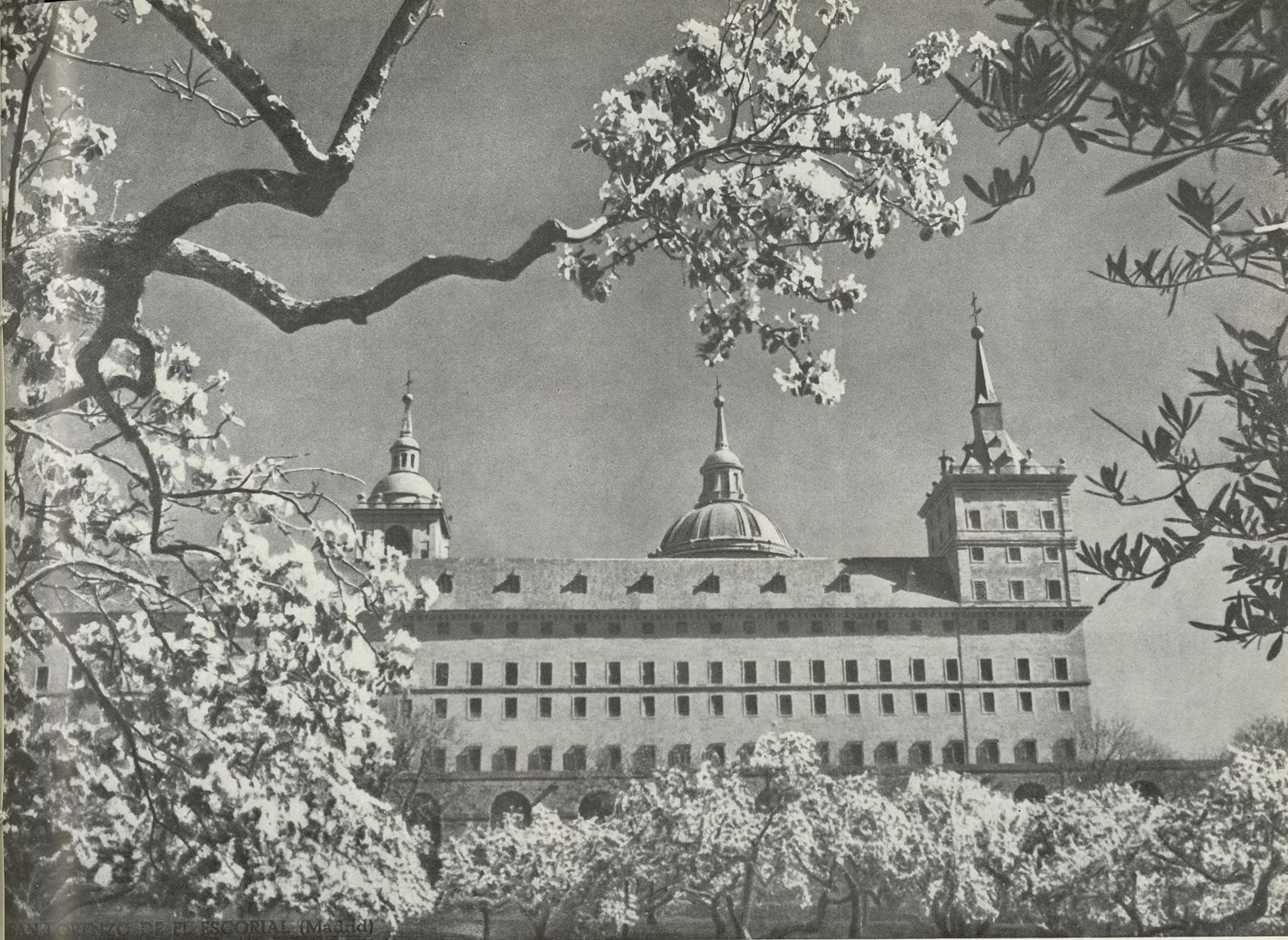




Grabado antiguo que recoge una "Vista de la escalera principal del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial", de una pintura de F. Brambilla y litografiado por Asselineau. Fué estampado en el Real Establecimiento litográfico de Madrid.



## GUIA DEL ESCORIAL PARA GENTE DE BUENA FE

**Y**A hasta los herejes con don de discernimiento saben que el modo más seguro de no saber qué es El Escorial consiste en tomarlo como razón polémica y piedra de escándalo. Al Escorial se llega pronto, con ánimo descansado, entrando en la sierra de Malagón casi sin viaje. Hoy no es preciso hacer noche en Valdemorillo, como cuando al Rey Don Felipe II le apretaba el mal de gota; ni dar vuelta por Bustarviejo. Los cincuenta kilómetros que con Madrid lo unen, están bien encintados sobre la llanura, se alabean en los primeros repechos de la montaña, pasan entre jaras y berruecos que ahora tienen flores sobre los arroyos de agua clara.

Todo el asombro ante esta obra que parece inverosímil dentro de las buenas medidas monumentales de España, es preciso dejarlo para luego. Y con el asombro, la polémica. Y una vez bien sabido El Escorial en sus miembros, en sus diversas piezas, en sus grandes y pequeñas historias, en sus desgracias y sobrenatural juventud, entonces tampoco sirve como pieza acusatoria contra las demasías de quien lo hizo, porque basta su conocimiento para comprender por entero su justificación.

En El Escorial, la enormidad de una torre, la impresionante grandeza de las esculturas en bronce dorado o la terrible seriedad de sus dimensiones, son hechos bien explicados en sí mismos, incluso artísticamente. Cada golpe de la Geometría y cada grito de la piedra bajo su irresistible gravitación, están logrados para servir la soledad del hombre con Dios, para dar forma a la grandeza imperial de España en un tiempo en que estuvo plenamente lograda y para destacar en la majestad de cenotafios y sepulcros la voluntaria humillación de los reyes ante la vida eterna. Esto es así, sencilla y abrumadoramente cierto, a la española. Vayamos, pues, a El Escorial con buena fe, para aprendérnoslo bien, como niños. Luego habrá tiempo para discutirlo mal. Como niños también.

### DE SAN QUINTIN A LA LONJA

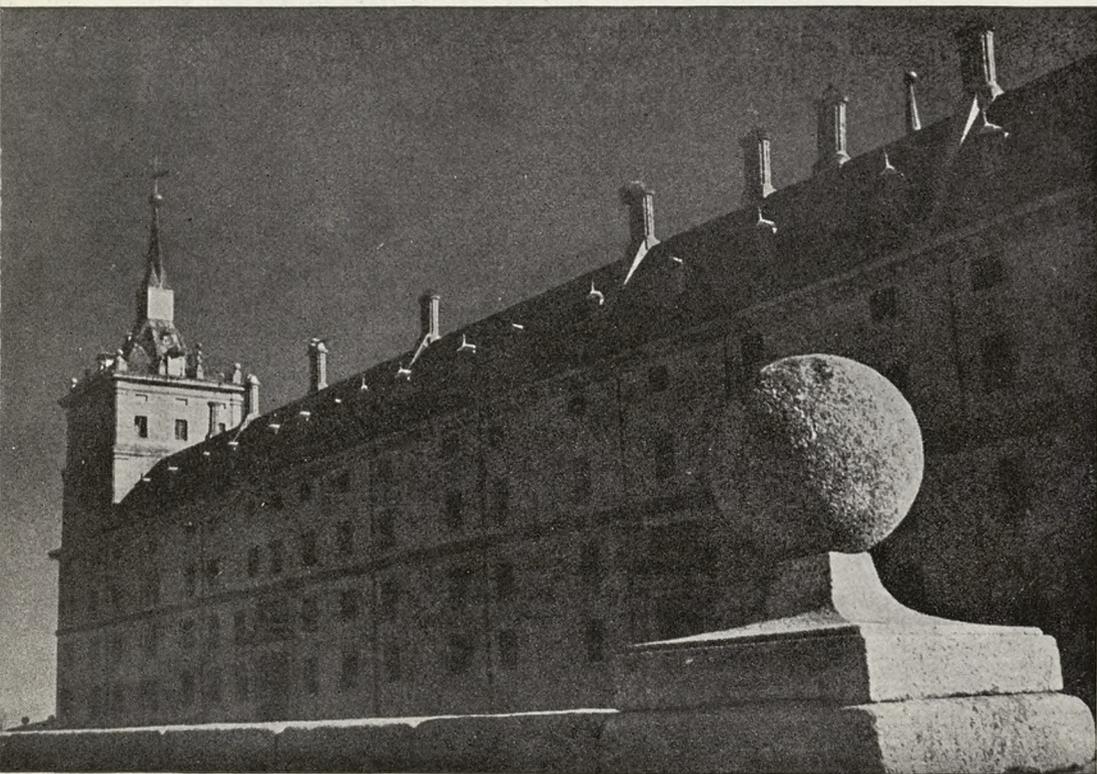
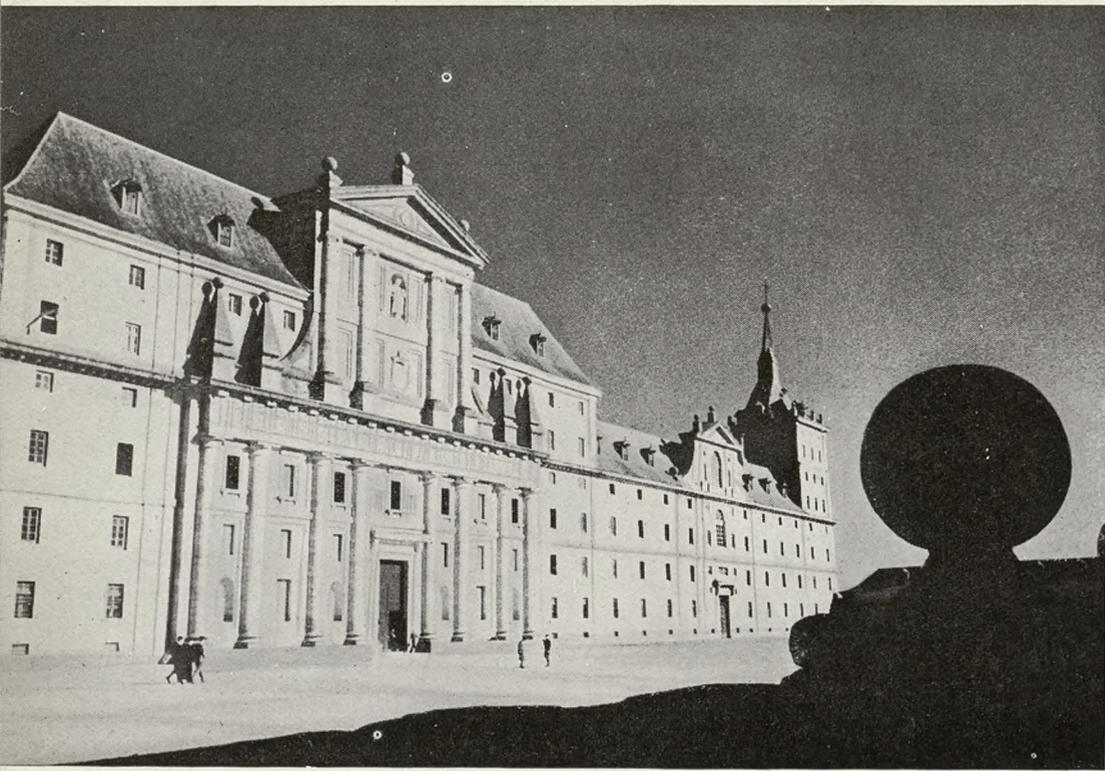
Felipe II fundó su iniciativa de construir el gran Monasterio en el propósito de perpetuar la gloria de su victoria en San Quintín, contra la Francia de Enrique II. Puso su obra bajo la advocación de San Lorenzo, porque en el día de su fiesta, el 10 de agosto de 1557, tuvo lugar la derrota francesa. No quiso construir en Guisando, donde

ya la Orden de San Jerónimo tenía casa; ni en Aranjuez, que más tarde había de servir propósitos más deleitosos y decorativos cuando la Monarquía y el mundo empezaban a ponerse en desorden. Quiso que el Monasterio se levantara en la ladera de esa sierra silicea, vertiente oriental de la Carpetana, con una luz severamente lavada de todo color blando, gris plata y verde oscuro en los lomos de los berruecos y en las umbrías de los jarales. Felipe II eligió bien el sitio, de buen acuerdo con sus arquitectos y obreros.

Quedó limpio de jara el sitio en el año 1562. Bajo la dirección de Juan Bautista de Toledo, arquitecto de Su Majestad, empezaron las obras ese mismo año. Fué un lego jerónimo, Fray Antonio de Villacastín, hombre tosco, agudísimo y genial, quien organizó y condujo todas las faenas de cantería, transporte, aprovisionamientos y técnica de los destajos. En 1563 se puso la primera piedra. Fray Antonio quedóse a trasmano de la ceremonia y dijo que él se reservaba para poner la última. Y Dios así lo quiso.

Murió Juan Bautista de Toledo a los cuatro años de empezar la obra. Sus planos generales fueron respetados, aunque con la idea de aumentar la alzada de la Basílica y el Monasterio. Juan de Herrera, que desde el comienzo había secundado a Toledo, la llevó a cabo resolviendo los grandes problemas que la reforma llevaba consigo. Mejoró ingeniosamente algunos sistemas de laboreo y transporte de sillares. Bajo la mirada impaciente del Rey Felipe, hizo crecer colosalmente la construcción. En 1584 se puso la última piedra, sobre el lienzo del gran Patio de Reyes, a mano izquierda conforme se entra. La consagración solemne se hizo en 1590. En bastante menos de medio siglo, la memoria de la gran batalla juvenil de Felipe II se había eternizado para mayor gloria de Dios. De San Quintín a la Lonja, donde los arcabuceros daban guardia de honor, habían transcurrido veinticinco años: el tiempo que un alférez tardaba en cansarse de guerrear y de amar.

He aquí a pleno sol esta maravilla, poco importa si octava o novena entre las del mundo entero. Aquella cima en pico, la más soleada de la sierra, es el cerro de San Benito. Aquellas donde oscurece el monte bajo, las Machotas. El pinar joven y tan copioso ya, baja desde el Puerto de Malagón y desde el Pico de Abantos hasta la villa misma del Escorial. La Herrería, tan arbolada, y la Huerta de los frailes acogen en lo llano la sombra del Monasterio. Estamos a 1.028



# COLOQUIO DEL VIENTO Y LA BOLA DE PIEDRA

EL VIENTO.—Oye, guapa. ¿No sois ya demasiadas bolas de piedra en este Monasterio de El Escorial? ¡Total, todas iguales!

LA BOLA DE PIEDRA.—¡Todas iguales! ¡Qué gracioso! Hablas como lo que eres: un pinta, un empleado municipal de clase ínfima en el extrarradio del Señor, un mal barrendero y el hazmerreír de las estrellas. ¡Anda y vete a paseo!

EL VIENTO.—Lo sabes tú de sobra que tengo otros oficios y me gano muy buenos jornales.

LA BOLA DE PIEDRA.—Lo que tienes tú es mucho cuento. Un día, que si molinero en la Mancha y Holanda; otro día, que si navegante de Siete mares; otro día, que si maestro de música. ¡Pamplinas!

EL VIENTO.—¿Quieres tú que te silbe la Canción de las Sirenas?

LA BOLA DE PIEDRA.—¡Hala y vete a silbar a los cerros, criminal, vicioso!

EL VIENTO.—¿Yo? ¿Eso dices?

LA BOLA DE PIEDRA.—Tú, ya se te conoce, a tirar puñaladas que no se ven, a echar al otro mundo a tanta gente honrada. No digamos lo que presumes de Don Juan y de que nadie, como tú, juega con fuego sin quemarse.

EL VIENTO.—Yo soy como el Espíritu, que sopla donde quiere. Aun puede ser que sea yo el Espíritu mismo.

LA BOLA DE PIEDRA.—Lo que tú eres, toda la Vanidad del mundo.

EL VIENTO.—La Piedra, de que tú naciste, si que es la Vanidad. Pero, a mí, piedrecitas, no. Un día he de jugar a carambolas con todas vosotras. He derribado muchas altas torres. No te olvides que yo tiré abajo Babel.

LA BOLA DE PIEDRA.—Era de ladrillo. No presumas.

EL VIENTO.—¡Qué se me da a mí, tú o Babel!

LA BOLA DE PIEDRA.—Pues, ¿por qué me rondas y me quieres buscar las vueltas? ¿Por qué andas siempre como enamorado de mí? Siempre me estás circunvolando. Mi forma es lo que más te gusta de este mundo.

EL VIENTO.—Eso lo sabes tú, maldita, porque te lo he dicho mil veces: me gustas. Y, si te quisieras casar conmigo, me haría redondo para siempre. Me convertiría a tu amor. Pero eres dura y orgullosa. Te sientes demasiado perfecta.

LA BOLA DE PIEDRA.—Por toda esta tierra alrededor, te pones a soñar conmigo y te agitas en sueños por mi Imagen.

EL VIENTO.—¿Cómo sabes tú eso?

LA BOLA DE PIEDRA.—Lo sé. Todas las piedras redondeadas que, por este paisaje de El Escorial y hasta más de Villalba, se ven, no son obra del Agua, sino tuya. Un sabio lo dijo: "Son piedras labradas y torneadas por el Viento."

EL VIENTO.—¿Y eso qué?

LA BOLA DE PIEDRA.—Pues que tú llevas años, siglos, queriendo hacer, por esos descampados, una sola bola perfecta y no lo has conseguido. Eres un Pigmalión fracasado. Por ahí tienes tus innumerables intentos perdidos; millares y millares de piedras que te has esforzado en redondear, sin poder llegar nunca a realizar la perfección, tu sueño, que es mi Imagen.

EL VIENTO.—Es verdad. Bola; no lo he conseguido. Soy buen músico y navegante y no mal molinero. Pero en esto de la cantería no me salen las cosas a mi gusto. Tú debes por eso compadecerme y ser buena conmigo.

LA BOLA DE PIEDRA.—Eres violento de carácter y muy frío de corazón, lo más del año. Cuando te da la furia, quieres arrancar las pizarras y armas aquí un tiberio de los demonios. Tocas las campanas a deshora y un día torciste la flecha de la Cúpula. Entrás, aquí, en la Lonja, muchas veces, sin educación. Además, yo no soy para ti. Yo soy una Señora Forma Universal y tú no eres más que un Elemento, el más loco, el más disparatado de los Cuatro.

EL VIENTO.—Y por eso te quiero. Tenerte a ti es lo mismo que tener un mundo. ¡Vales un mundo!

LA BOLA DE PIEDRA.—¿Tú te crees que soy tonta?

EL VIENTO.—Me acuerdo yo cuando nacías, fresca de martillos y cinceles. Todo esto eran toldos al sol para canteros, andamios de pino, carros cargados, grúas, rodillos y planos inclinados. Me parece estar viendo a aquel Don Juan de Herrera, que parecía un Duque. Mandaba a caballo la arquitectura, como una batalla católica, o la gobernaba, esnada al cinto, como una Provincia del Rev. Vinieron entonces, para labraros a vosotras las piedras, oficiales vizcaínos, portugueses y de la Montaña. Para el asunto, lo mejor del Reino.

LA BOLA DE PIEDRA.—Otros portugueses, vizcaínos y hombres de la Montaña, habían ido descubriendo toda la redondez del planeta, hasta la nao "Victoria", hasta el latín de Sebastián Elcano: "Primum circumdidisti me". Fue la Primera Vuelta al Mundo.

EL VIENTO.—¿Qué dices de Sebastián ni de "circumdidisti"? El primero que dió la vuelta al mundo con la Rosa en la mano —la que dicen Rosa de los Vientos—, fui yo, porque sólo hay un Viento, hijo único del Mar y de la Tierra, ahijado del Fier y del Fuego. Yo soy toda la historia de la Civilización de este planeta oscuro. Empecé con Cadmo por difundir el alfabeto a vela, y aun seguía tan fresco con Rouzainville. Si a mí me gusta El Escorial, es porque todo está coronado de esferas de piedra, sobre pirámides truncadas, como globos terráqueos. ¡Toda esa redondez es mía! Yo la descubrí. Yo la civilicé. Valgo yo por todos los navegantes juntos.

LA BOLA DE PIEDRA.—Ahora se navega sin tí: con el Vapor, con el Petróleo.

EL VIENTO.—A buena hora, mangas verdes; cuando había yo hecho todo lo que valía la pena, hasta aburrirme.

LA BOLA DE PIEDRA.—¿Y cómo hiciste todo aquello?

EL VIENTO.—Un capricho. Cuando tenía yo pocos años, mi madre la Tierra no me dejaba pasar de la playa, pero un día vi, desde lejos, a Venus que nacía del mar. No la pude seguir y se me escapó, la condenada. Por encontrarla, inventé yo el navío como un monstruo de leño formado del corcel, del pez y del ave y soplé al hombre obtuso la invención. Con el navío y con el hombre, me he pasado milenios en el trabajo y la pasión de hojear el mundo para buscar a Venus Marinera. ¡Todo ha sido inútil! ¡No la hallé nunca! Pero, de paso, hice la Historia Universal.

LA BOLA DE PIEDRA.—¡Ay, pobre Viento mío!

EL VIENTO.—Desde entonces, yo me consuelo, me divierto un poco en jugar con las formas universales. Tú eres una de tantas. Y, para alguna tarde que uno viene, creo que tú, Bola de Piedra, podrías ser un poco más simpática.



Rubén vuelve a España con los últimos soldados de rayadillo, que venían de la guerra de Cuba. Empieza a escribir para *La Nación* desde la España abatida del 98. Pero su intuición genial se da cuenta de algo trascendente: "España ha retirado de América el último soldado y el último burócrata de la administración civil, pero hay algo que no puede retirar aunque quisiera: la sangre que corre por las arterias del continente y alimenta la nueva raza que ha de ser América". Para Rubén, la sangre es como el vehículo de algo divino, del genio y el sueño de la raza. Es el primer intelectual que inicia en Hispanoamérica el retorno a la vieja cultura española, como medio de afianzar sólidamente la historia y buscar solera a la naciente civilización.

Su paso por Madrid queda marcado con la lectura en el Ateneo Literario de su *Salutación del optimista*, que hoy tiene valores de profecía:

"Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,  
espíritus fraternos, luminosas almas, ¡salve!"

Cuando Rubén vuelve a París, ya no es la torre Eiffel la única maravilla para empapanatar a los turistas internacionales. Son también las aspas luminosas del "Moulin Rouge", símbolo de la frivolidad de toda una época. Visita la tumba de Verlaine, la Exposición Universal y acompaña a "Maxim's" a la destronada reina de Madagascar. Una morena reina de opereta, a la que besa a la luz de la luna. También conoce a Wilde en su decadencia, y a Sara Bernhardt. Pero Rubén sufre entonces una especie de crisis que no nos atrevemos a llamar religiosa. Huye de París y va a Roma. A llorar sus pecados a las plantas de León XIII. Allá le toca ver a D'Annunzio, que aun iba acompañado de la Duse.

### VIII.—EL POETA Y SUS FANTASMAS

De Roma vuelve edificado. "Lo que a París trae el placer lleva

a Roma la Religión", escribe. De París vuelve a Madrid. Publica su libro más pleno y el que señala ya la iniciación de su decadencia:

"¡Juventud, divino tesoro;  
ya te vas para no volver!"

Francisca Sánchez le ha dado otro hijo allá en París. El viaje triunfal por América, con la revista *Mundial*, y, después, el cansancio, el retiro a Mallorca, "la isla de oro", donde de verdad quiere convertirse en personaje de una novela que escribe a toda prisa. Y de Mallorca a Barcelona, y de Barcelona a Nueva York, para dar conferencias pacifistas. Y allí el encuentro y el choque con:

"máquinas, diarios, avisos,  
¡y dolor, dolor, dolor!"

Y, por fin, la pulmonía, la cirrosis, el viaje postrero a Nicaragua, para morir en León y ser enterrado con honras inusitadas en la misma catedral donde se había efectuado cuarenta y nueve años antes su bautismo.

Ahora, a los treinta y dos años de su muerte, la voz de Rubén vive aún, pese a la continua evolución de las formas estéticas, porque generaciones y generaciones nacidas después de él continúan sintiéndose penetradas del verbo de su mensaje. La voz de Rubén late en el agua de los grandes ríos, en la piedra, en la tierra, en el aire y en el sol de América, con un temblor estremecido de líricos vaticinios.

Madrid, 1948.

J U A N            A N T O N I O            C A B E Z A S

## GUIA DEL ESCORIAL PARA GENTE DE BUENA FE

(Viene de la página 43.)

metros de altitud. Las torres suben a más de 56 metros. Cada lado de esta mole pasa de los 200 metros. Todo es granito plateado de la misma sierra, pizarra segoviana, mármol blanco de Almanzora, serpentina de Granada, jaspes, plomo, bronce dorado; en otro tiempo, también plata, oro y pedrería; siempre un cielo de luz muy fina, y a veces un viento de mal domar. Las tres o cuatro veces que el Monasterio ha ardido, lo ha hecho en pavesa y con la valiosa confabulación de ese viento tan grande.

Gusta saber, más que el estilo dórico de las partes bajas y el jónico de las altas, cosas como ésta: El Monasterio tiene 300 celdas, 15 claustros, 86 escaleras, 73 estatuas, 11 aljibes, 88 fuentes y 2.673 ventanas. Costó dieciséis millones y medio de pesetas, cantidad aproximada que hoy costaría levantar una sola de sus torres. Decía en sus memorias Fray Antonio de Villacastín que las cuentas de la obra las llevó él al maravedí y que no se desperdiciaron ni dos reales. Esta buena administración la confirma el primero y mayor cronista del Escorial, Fray José de Sigüenza, historiador de la Orden de San Jerónimo. El arquitecto Herrera no ganó nunca más de mil ducados por año. Un peón, el más humilde, ganaba dos reales en jornada de diez horas. Entonces, un ciento de huevos se compraba por once reales, lo mismo que una arroba de aceite. Hubo una huelga con motín y comité, porque el alcalde del Escorial había encarcelado a unos obreros vizcaínos que hicieron alguna barrabasada. Los vizcaínos de la obra, siempre puntillosos en materia de fuero y honor, levantaron a todos y casi hubo luto. Fray Antonio, el obrero, consiguió así el perdón, diciendo a Su Majestad: "Hay que perdonar a éstos, que sólo han pecado de hidalgos, de honrados y de necios". Rió el Rey, perdonó a todos y mandó a galeras al comité de huelga.

Más curiosidades no hay por qué decir. Dejemos algo a los protestantes.

### PATIO DE LOS REYES Y BASILICA

No fué a su dinastía, sino a los grandes Reyes del Antiguo Testamento, a quienes Felipe II hizo tan monumental glorificación en el entablamiento de este Patio. Señaló el escriturista Arias Montano el lugar en que debían ser puestas, y al Rey pareció bien. Flanquean esta pieza en que la luz del día y el temblor del bronce ganan jerarquía, por la derecha el convento y por la izquierda el colegio. En frente, está nave es la de la Biblioteca, obra predilecta del Rey, que en ella juntó con lo mejor de su tiempo la más completa colección de códices árabes. No el fuego de su mano, sino aquel confabulado con el viento de que hablábamos, quemaba aquí los libros preciosos y heréticos.

Siempre se suben con prisa los escalones del Patio de Reyes, porque parece que la Basílica hace tiro de nosotros. Ya en el templo, la idea tan humana de la propia pequeñez personal ante las cosas de Dios, suele enconarse a los mequetrefes. Franceses, un eminente luso como Qüental, la ilustre mundana madama d'Aulnoy y algunos ingenios españoles casi contemporáneos, con mucho tormento entre cuero y carne, se han irritado contra la Basílica. Nosotros, no. Nosotros somos gente de buena fe.

La bóveda plana que sustenta el coro es admirable, pero no sorprendente. Las pilastras gigantes, en las que el dibujo dórico de las columnas demasiado fundidas en su masa acentúa la sensación de pesadez, fueron así calculadas para una cúpula todavía más alta y más pesada. Pierde todo el crucero en perspectiva lo que gana en

sensación de espesor. Llena de bronce dorado, no muy bien decoradas sus bóvedas, otras veces con riquezas infinitas brillando entre las 36.000 luces que los frailes le encendían, nunca, sin embargo, puede parecer rico, tibio e íntimo el recinto del templo. Está todo él calculado para centrar el divino tabernáculo de jaspes pulidos a diamante, de bronce y oro y plata, debido al genio de Jacobo Trezzo (Jacometrezzo), no tanto a las mediocres pinturas de Zúccaro, pero sí al prodigioso calvario de Leoni, en bronce dorado, con un Cristo que vale por todo El Escorial.

Pero, después de Dios, la Basílica está orientada hacia los grupos que Pompeo Leoni fundió en su casa de Milán con la escultura "y bultos" de la familia de Carlos V y de Felipe II, a un lado y otro del retablo. Es ésta por su indescriptible nobleza, por su ímpetu, por su hermosura, por la humildad que late bajo el peso orgulloso de los mantos desmontables, la obra central del Escorial. Son solamente cenotafios, pues los cuerpos de los reyes —de todos los reyes desde Carlos V, menos Felipe V y Fernando VI, que no entendieron El Escorial— están enterrados en la bóveda de jaspes, bronce y cristal que un fraile tan listo como Fray Nicolás de Madrid logró hacer por unos 600 reales. Es el sepulcro más rico de todas las dinastías que en el mundo han sido.

### LA DOCTRINA ES EL CAPITAN, Y EL ARTE SIGUE

Quando visitemos el Palacio Real del Escorial, que constituye la cuarta parte de todo el edificio, dejaremos las salas de tapices de Goya, la sala pompeyana, los riquísimos suelos de taracea y las infinitas preciosidades, incluso la adorable estancia de Isabel Clara Eugenia, para irnos a las habitaciones de Felipe II. En ellas está la verdad. Y en todo lo demás, el Arte sigue y no estorba. La cámara del Rey tiene las paredes desnudas y blancas, apenas con zócalo azulenco de Talavera. Le entra, señora de todo, la luz meridiana del Escorial. Cada mueble, cada objeto piadoso tienen en sí mismos una gran fuerza patética, porque bien se entiende que allí no son adorno. Aquel era un hombre fuerte, firme, dichoso en la soledad, bien sabe Dios si triste a veces por la baja ley en que están batidos la generalidad de los hombres. Era de esos hombres tan fáciles de odiar, gracias a cuya hombría podemos ya luego consentirnos los demás la gracia de ser simpáticos y hasta blandos. Murió aquí, penando mucho. Sus grandes e incontables enemigos no le habrían dado peor tormento que le dió el Señor, y eso que Dios le amaba.

Luego iremos visitando con calma todo El Escorial. Si entramos ahora en la sacristía, hemos de ver el cuadro prodigioso de Claudio Coello, ese reportaje de la España grandiosa en su caída, donde el pincel puso sangre y hasta buena salud a la nobleza y a la clerecía en trance de adorar al Santísimo. Veamos cada cuadro de Ribera. Tenemos para toda la tarde. No disgusta saber —quisiera uno que esto no se le olvidase— detalles como éste de que el "Descendimiento" de Van der Weyden, que es una cima muy alta en la montaña de arte del Escorial, flotó sobre el Mar del Norte en su caja de pino, cuando naufragó con el galeón que lo traía. Este cuadro en que el dolor cristiano se hace enjuto y macho, había de tener una historia así.

Seguiremos descubriendo detalles toda la tarde y, si queréis, también todo el día de mañana. Nos quedan infinitas cosas. Nos queda, sobre todo, verlas para hablarlas.

J O S E            A N T O N I O            T O R R E B L A N C A